

La política norteamericana y la Paz del Chaco. Entrevista al doctor Mario Rapoport
A propósito de la novela *Nunca es tarde para morir, Mr. Braden* (Buenos Aires, Punto de Encuentro, 2018)

Por Liliana M. Brezzo*

Fecha de Recepción: 15 de Septiembre de 2018

Fecha de Aceptación: 02 de Noviembre de 2018

Mario Rapoport es licenciado en Economía Política, profesor emérito de la Universidad de Buenos Aires y ha sido recientemente designado profesor emérito del Instituto del Servicio Exterior de la Nación (ISEN), primera vez que se otorga esa distinción. Es también doctor honoris causa por la Universidad Nacional de San Juan (Argentina).

Doctor por la Universidad de Paris I, Panthéon-Sorbonne, su tesis doctoral, bajo la dirección del profesor Pierre Vilar, versó sobre "La Grande Bretagne, les Etats Unis et la société argentine: économie et politique". Es investigador superior del Consejo Nacional de Investigaciones Científicas y Técnicas de la República Argentina.

Escribió, entre otros libros y artículos, *Gran Bretaña, Estados Unidos y las clases dirigentes argentinas 1939-1945*; *Historia económica, política y social de la Argentina 1880-2003*; *Relaciones tumultuosas. Estados Unidos y el primer peronismo*; *Las grandes crisis del capitalismo contemporáneo*; *En el ojo de la tormenta. La economía política argentina y mundial frente a la crisis*; *Bolchevique de salón. Vida de Félix J. Weil*, y *Blues de la utopía*, una antología poética. Recibió los premios "José María Rosa", "Bernardo Houssay" y "James Alexander Robertson Memorial" de la Asociación de Historiadores de Estados Unidos y fue fellow del Wilson International Center de Washington, una de las más prestigiosas instituciones académicas de ese país, así como investigador y profesor invitado en varias universidades extranjeras y nacionales.

Doctor Rapoport, en abril del año 2009, en ocasión de la firma en Buenos Aires del Acta que dio por finalizados los trabajos demarcatorios realizados por la Comisión Mixta Demarcadora de Límites, usted publicó un artículo en el diario Página 12 titulado "Braden y la Guerra del Chaco" en el que hacía foco en el rol del diplomático norteamericano Spruille Braden en las negociaciones de paz ¿Nos podría resumir, al inicio de esta entrevista, cuáles eran, según su lectura, los intereses de Braden en el conflicto chaqueño?

Como usted sabe, desde 1932, Bolivia y Paraguay se encontraban en guerra por el territorio del Chaco boreal, una extensa zona al norte de los ríos Pilcomayo-Paraguay, que hoy se reparten entre Paraguay, Bolivia y Brasil, donde se destaca el valor estratégico del río Paraguay –ya que abre la puerta al océano Atlántico al país que dispusiese de él– como por la existencia allí de valiosos yacimientos petrolíferos. Este conflicto armado fue el más sangriento en toda América durante el siglo XX. Spruille Braden era uno de los delegados

* CONICET-IDEHESI-NODO IH/UCA. lilianabrezzo@gmail.com

norteamericanos en la posterior Conferencia de Paz, luego del armisticio provisorio entre los dos países, en 1935. El diplomático, un empresario minero con fuertes intereses en Chile, cumplía una de sus primeras funciones importantes en el gobierno de Roosevelt, y estaba relacionado directamente con la creación de la *Standard Oil of Bolivia*, ya que parte de los territorios de la compañía fundada en 1921 pertenecían a William Braden, su padre. Algunas versiones sostienen que este último incluso había insinuado al presidente boliviano Daniel Salamanca la posibilidad de obtener armas y créditos para apoderarse militarmente del Chaco paraguayo. Existen diversas interpretaciones respecto de la guerra, que señalan justamente en su origen una disputa de intereses petroleros de los Estados Unidos, a través de la Standard Oil y de Gran Bretaña, por medio de la Royal Dutch Shell. De hecho, cuando el gobierno boliviano expropió la Standard Oil, Braden hizo gestiones sin éxito ante el gobierno boliviano para tratar de revertirlo, aunque culpó de ello a las propias autoridades de la empresa que se manejaron mal. Pero el análisis se vuelve más complejo si se consideran las conductas de los países limítrofes como Brasil, Argentina y Chile, preocupados no solamente por las cuestiones petroleras sino también por sus intereses estratégicos, económicos y políticos en la región, apoyando a uno u otro país. Para los bolivianos era imprescindible la obtención de un puerto en el río Paraguay, de salida hacia el Atlántico. Para los paraguayos, la cuestión misma de los límites de su territorio chaqueño afectados en la región por la guerra de la Triple Alianza y ahora por los bolivianos.

En el pasado, Estados Unidos había aplicado una política intervencionista ocupando militarmente varios países y apoderándose de regiones estratégicas, como fueron los casos, entre otros, de Cuba, Haití, Puerto Rico, República Dominicana y Panamá. Esto después de extender sus fronteras a costa del vecino México. Los motivos fueron distintos: cobro de deudas, regímenes opuestos o que no agradaban, el pretexto del colonialismo español, apoderarse o controlar recursos necesarios, la defensa de empresas estadounidenses, el peligro de ideologías de izquierda. En el caso argentino, curiosamente, se oponía a los gobiernos de derecha de la vieja oligarquía que había vuelto al poder en 1930. El problema es que la economía del país estaba ligada a la vieja Inglaterra y aunque empresas yanquis invirtieron mucho en Argentina en los años 20 carecían del poder de las británicas, mientras que los intereses agroexportadores locales, políticamente dominantes, no podían hacer entrar sus productos en los mercados estadounidenses, donde estaban prohibidos o eran discriminados.

Cuando Roosevelt asumió el gobierno consideró que la política intervencionista en la región era contraproducente y a su vez se necesitaba eliminar barreras proteccionistas que en gran

medida eran responsables de la crisis. Inglaterra, en cambio, adoptó una actitud opuesta retornando al sistema de preferencias imperiales con los países del Commonwealth. La oligarquía local que tenía en Gran Bretaña su principal mercado, firmó con Londres el Pacto Roca Runciman, que afectaba, por su carácter exclusivista, la nueva política de Washington. Ya en la primera Conferencia Interamericana de Washington, en 1889, la Argentina, a través de sus delegados, dos futuros presidentes, Manuel Quintana y Roque Sáenz Peña, se había negado a la propuesta de EE.UU. de crear una Unión Aduanera Continental, porque decían que el comercio internacional no podía tener ataduras. En los hechos, los gobiernos de Buenos Aires estaban más ligados a Europa, que a los vecinos del norte. Esta explicación es necesaria para entender bien la actuación de Braden en la Argentina, aunque, posteriormente, con Perón se agregarían otros factores.

Ahora bien, atendiendo a sus investigaciones muy bien documentadas ¿Cuáles fueron los rasgos sobresalientes de la política norteamericana en Argentina durante las negociaciones de la paz del Chaco?

Desde el punto de vista diplomático, la disputa se complejizó al presentarse dos iniciativas de intervención contrapuestas para el arreglo del conflicto: una consistía en la formación de una comisión de países neutrales no limítrofes integrada por Estados Unidos, Cuba, México, Colombia y Uruguay, y otra se basaba en una propuesta de la Cancillería argentina que daba preeminencia a la intervención de la Sociedad de las Naciones. La posición argentina terminó frustrando la actividad de la comisión de neutrales. Pero Bolivia recusó la participación del organismo internacional, por lo cual la solución para la firma de un tratado definitivo de paz quedó finalmente en manos de Argentina, Brasil, Chile, Perú y EE.UU. (más tarde se integró Uruguay), realizándose las reuniones en Buenos Aires.

El canciller argentino Carlos Saavedra Lamas, que desempeñó un papel clave para que esto sucediera, recibió el Premio Nobel de la Paz de 1936, el primero otorgado a un argentino, con el apoyo de los países sudamericanos y la aprobación de Washington, por su proyecto de un pacto antibélico (Tratado Antibélico de No Agresión y de Conciliación) presentado en 1933 para evitar conflictos armados como el del Chaco, inspirado en otros tratados de la época como el Briand-Kellog para Europa. La aceptación de Washington fue producto de un acuerdo en la Conferencia panamericana de 1933 sobre el pago de la deuda externa, porque la Argentina se oponía a una moratoria que exigían mexicanos y brasileños. De todos modos, el secretario de Estado Cordell Hull consideraba al ministro como un “prominente e incorregible” adversario de los Estados Unidos, al tiempo que el subsecretario Sumner Welles

caracterizaba a la oligarquía argentina como un instrumento reaccionario de los intereses británicos. En todas las otras conferencias panamericanas, y hubo varias en la época, incluyendo las de la Paz del Chaco, argentinos y norteamericanos jugaron cartas opuestas, mientras estaba como ministro Saavedra Lamas y luego de haber dejado el cargo.

¿Qué puede decirnos acerca de las relaciones personales entre Braden y Saavedra Lamas?

El rol de Spruille Braden como delegado estadounidense en las negociaciones de paz está marcado por la aparición de la primera de las grandes enemistades que tendrá en su carrera en la Argentina: el canciller Saavedra Lamas. En sus memorias, que publicó años más tarde, en 1971, el ministro argentino es objeto de injurias, desprecios y calificativos varios – antinorteamericano, ególatra, vanidoso, ambicioso, estúpido e inepto, entre otras cosas, incluyendo una opinión negativa acerca de la obtención del Premio Nobel.

Braden tuvo casi tanta animadversión por Saavedra Lamas, con quien entabló duras negociaciones sobre el Chaco, como las que tendría luego con su más conocido enemigo, el coronel Perón. Más allá de la enemistad personal, que existió y Braden la describe sin pelos en la lengua, la relación entre ambos estaba potenciada por sus posicionamientos en las tratativas de paz. El diplomático estadounidense consideraba que el objetivo de su país era el de promover el sistema interamericano establecido en la Conferencia de 1933 y aparecer imparcial frente a los beligerantes. Sin embargo, hizo un acuerdo con Brasil y Chile sobre la cuestión del petróleo boliviano y la posible creación de líneas ferroviarias entre Argentina y Bolivia, y entre Brasil y Bolivia para aprovecharlo mejor.

En la primavera de 1937, exasperado por lo que consideraba obstrucciones de Saavedra Lamas a la Conferencia de Paz, Braden solicitó una entrevista con el presidente Agustín P. Justo y el vicepresidente Roca. Acudió a ella acompañado por el mismo ministro y los representantes de Chile y Brasil, previamente avisados estos últimos de sus verdaderas intenciones. Entonces, en su intervención, y ante el estupor de Saavedra Lamas, le dijo al presidente Justo que la Conferencia podía fracasar, lo que atentaría contra su prestigio, y que la responsabilidad de que esto se produjera recaía enteramente en el canciller local. Justo se dirigió entonces al reciente Premio Nobel advirtiéndole que nada debía interferir en el proceso de paz. El embajador describió su acción como parte de una “diplomacia osada”. Como señala Gary Frank en su obra *Juan Perón vs. Spruille Braden: The Story Behind The Blue Book* (1980), fue más bien una muestra instructiva de la brutal manera con la cual Braden trataba a muchos de sus enemigos diplomáticos.

Braden volvió luego a la Argentina en 1945 como embajador y fue luego nombrado subsecretario de Asuntos Latinoamericanos. Había sido también embajador en Colombia y en Cuba. Para entender bien su pensamiento y su acción, que comenzó a tomar forma en la Conferencia de Paz del Chaco, es necesario analizar sus actividades previas y posteriores a su desempeño en Buenos Aires.

Usted acaba de mencionar que Braden redactó una autobiografía que publicó en el año 1971 ¿Qué opiniones o interpretaciones hace el diplomático norteamericano en ese escrito sobre su actuación en relación a la Argentina desde sus distintos cargos?

En la introducción de sus memorias, Braden dice que “parafraseando a Schopenhauer: si no fuéramos tan vanos y tan excesivamente interesados en nosotros mismos, la vida sería tan aburrida, que ninguno de nosotros sería capaz de soportarlo. En consecuencia, es razonable suponer que cualquier persona lo suficientemente audaz como para publicar sus memorias tiene al menos una buena parte de vanidad; aunque prefiero llamarlo orgullo. Espero no parecer demasiado presuntuoso ni excesivamente jactancioso, independientemente de si se trata de orgullo u orgullo junto con vanidad”. Luego añade que todo fue chequeado en sus documentos. Como si ese hecho validara las memorias.

Por supuesto, los documentos muestran su propio punto de vista. como ocurre con los de otros diplomáticos o funcionarios. Es necesario chequearlos a su vez con otros datos y opiniones; considerar si siguió o no la política de su país, que no respetó en varias ocasiones, como tampoco respetó a sus rivales; los distintos grupos burocráticos o de interés con los que estuvo involucrado; sus enfrentamientos personales con funcionarios de su propio gobierno, así como los cambios zigzagueantes de sus ideas y sus disimiles amistades políticas. Sigo su trayectoria fuertemente contradictoria en mis libros académicos; el lenguaje de sus memorias es muy directo, frontal y duro con sus adversarios, externos e internos.

En ellas, así como en los documentos diplomáticos de 1945 en adelante, como embajador en Buenos Aires y luego subsecretario de asuntos latinoamericanos, denuncia que durante el conflicto bélico los gobiernos argentinos habían sido consistentemente pronazís por su posición de neutralidad en la guerra, tanto los conservadores como los militares después del golpe de Estado de junio de 1943 que lleva Perón al poder. Pero su rencor con la Argentina era tan grande que liga retrospectivamente ese enfrentamiento con los que tuvo en la Conferencia por la paz del Chaco, cuando todavía el tema de la neutralidad y el presunto pronazismo argentino estaban lejos en el horizonte y hasta ese momento la disputa con

Washington era por la estrecha vinculación de Argentina con los británicos y esta es una cita textual extraída de *Diplomates and Demagogues* (página 316): “Los argentinos -dice- se consideran ellos mismos como nuestros rivales por el liderazgo político de América latina. Ellos también aspiran a dominar militarmente el continente. Tan temprano como el 23 de septiembre de 1937, en mi despacho sobre la Conferencia del Chaco advertí que allí no habría paz si Saavedra Lamas siguiese como presidente [de la Conferencia]. Denunciaba el expansionismo militar argentino, la anulación de la maquinaria democrática y el crecimiento de un fascismo nativo.”

De modo que consideraba a la Argentina, cualquiera fuera su gobierno, como rival de EE.UU. y le asignaba al país aspiraciones de liderazgo en la región, mezclando tiempos y coyunturas. Es, sin embargo, notable el contraste entre quienes fueron sus principales adversarios personales en sus desempeños en Buenos Aires, a los cuales llegó a tener verdadera inquina. Cada uno de ellos tiene exactamente cuarenta y cuatro entradas en sus memorias. Uno era un conservador pro europeo y pro británico perteneciente al núcleo exclusivo de las elites tradicionales locales (bisnieto de Cornelio Saavedra y yerno de Roque Sáenz Peña); otro un coronel nacionalista y populista con sangre indígena en sus venas. Por supuesto, Perón y Saavedra Lamas terminarían en distintas veredas. Éste último apoyó en una carta en 1942 a su ex enemigo del Norte contra el nuevo y peligroso personaje que esgrimía el fantasma del enfrentamiento de clases.

En mi libro titulado *Relaciones Tumuluosas. Estados Unidos y el primer peronismo*, publicado con Claudio Spiguel (Buenos Aires, Emecé, 2009) explico que, frente a la opción que representaba el nuevo líder militar, quien pretendía una mejora en la situación de los trabajadores, a la vieja oligarquía y a sus referentes, antes enfrentados a Washington, les parecía ahora necesario conciliar con el embajador Braden, partidario de eliminar del gobierno a Perón, aunque sus propios argumentos se asociaban a la guerra. El embajador tomó ese acercamiento con sus antiguos enemigos conservadores y demás opositores políticos, incluidos los comunistas, dentro de la entonces alianza con los soviéticos, como un triunfo y le valió su ascenso a subsecretario, pero el 17 de octubre y luego de la elección de Perón como presidente significaron una derrota de su accionar en la Argentina. Esto sumado a otros fracasos suyos en América Latina constituyeron el fin de su carrera diplomática, aunque siguió actuando en política.

El destacado historiador brasileño Luiz Alberto Moniz Bandeira sostuvo que ni Paraguay ni Bolivia consiguieron sus objetivos en las negociaciones del Chaco, y que los paraguayos sostuvieron que ganaron la guerra pero que perdieron en las negociaciones diplomáticas

¿Coincide usted con esa perspectiva? ¿En qué medida, cree usted, que intervino para ello la mano de Braden?

Lo que señala sobre la opinión de Moniz Bandeira es cierto, Paraguay ganó militarmente la guerra, pero tuvo que ceder los territorios ganados y no consiguió sus objetivos políticos, aunque Bolivia tampoco. El acuerdo de paz no conformó a ninguna de las dos partes e incluso en un principio los bolivianos lo rechazaron. En cuanto a la intervención de Braden, si bien terminó mal, fue en ese momento importante porque les ganó a sus dos enemigos principales: el canciller argentino Carlos Saavedra Lamas y el jefe de la delegación paraguaya Gerónimo Zubizarreta. Al primero, además de manifestar el desagrado que le causó el otorgamiento de su premio Nobel, lo atacó, en todas sus posturas, manifestando que los intereses argentinos estaban con Paraguay, donde varios argentinos tenían haciendas o posesiones que Braden criticaba como elemento clave del favoritismo argentino con ese país. Esto impidió su continuidad como Ministro de Relaciones Exteriores después que Justo le pasó el mando a Ortiz. Con respecto a Zubizarreta, lo hizo renunciar a su cargo, en una operación digitada que concibe él mismo, enfrentándolo con otro miembro de la delegación paraguaya y luego con su propio ministro de relaciones exteriores. Braden confiesa incluso que terminó de redactar él mismo, en julio de 1938, el documento paraguayo que iba contra los propios intereses de ese país. Finalmente, el tratado se firmó en Buenos Aires, el 21 de julio de 1938.

La interpretación de Moniz Bandeira sobre el conflicto chaqueño se inscribe en una larga trayectoria de estudios sobre el rol del Brasil y la formación de los estados de la Cuenca del Plata, que se prolongó hasta su fallecimiento en Alemania a finales del año 2017. Aún a riesgo de desviarnos un poco del tema principal de esta entrevista ¿Podría hablarnos brevemente sobre el legado intelectual de Moniz Bandeira a quien, sabemos, le unía una larga amistad intelectual?

Describo a Moniz en el “In Memoriam” que publiqué en el número 48-49 del año 2017, de la revista *Ciclos en la historia, la economía y la sociedad*. No era de esos historiadores que se acantonan en alguna Academia y siguen desde lejos los acontecimientos del día. Como él mismo decía “yo viví el presente que hoy es historia” y mientras el futuro es una hoja en blanco la historia es la base de nuestra identidad: lo que nos permite saber que somos y como somos y nos da una idea de lo que podemos ser en el futuro. Y Moniz tuvo varias historias. Cuando lo conocí, hace más de treinta años, en uno de sus habituales viajes a Buenos Aires, me dijo que era una de las últimas veces que lo vería porque estaba muy enfermo del corazón. Pero si los gatos tienen siete vidas él tenía al menos dos corazones, porque desde entonces hasta que falleció publicó más de veinte libros e innumerables artículos en varios idiomas.

De sus numerosos libros destacó aquellos sobre Brasil, Argentina, Estados Unidos, y la guerra de la Triple Alianza, sobre las relaciones Brasil-EE.UU. o sobre los vecinos del norte mismo: “La Formación del Imperio Americano”. También escribió ese libro clásico que menciona sobre la historia de la conformación de los países de la Cuenca del Plata. El fundó, junto a Amado Luiz Cervo, la Escuela Brasileña de Relaciones Internacionales en Brasilia, y ganó numerosos premios y distinciones nacionales e internacionales. Fue también un militante político contra las dictaduras militares brasileñas. Era bahiano, de ideas progresistas, aunque le gustaba decir que tenía un título nobiliario y que descendía en forma directa de Cristóbal Colón. No descubrió América pero sí ayudó a comprender una parte importante de su historia.

Volviendo al hilo conductor de esta entrevista. Diez años después de publicado el artículo en Página 12, usted acaba de publicar una novela histórica titulada Nunca es tarde para morir, Mr. Braden, en la que devela algunos de los aspectos más turbios del manejo de la política en los Estados Unidos y en Argentina a través de personajes como el mismo Braden ¿Cuáles fueron las motivaciones que lo llevaron a salir de los carriles habituales de su trabajo intelectual para guiarnos en el laberinto de esta intrincada narración?

Siempre me interesó la literatura: llevó publicados dos libros de poesía y tengo preparado un tercero. Escribí varios cuentos y finalmente me decidí por una novela, que tiene dos características: si bien es histórica, constituye en realidad una novela negra, policial, en la tradición de las de Daniel Hammett y Raymond Chandler. En uno de mis primeros artículos digo que un investigador es como un detective que indaga sobre un crimen y un historiador es el detective del mundo real. Siempre me apasionaron las novelas policiales, sobre todo las que están inscriptas en escenarios económicos, políticos y sociales donde se despliegan las pasiones humanas. Mi héroe no fue Superman, para quien resultaba demasiado fácil con su fuerza destruir a sus enemigos, ni los intrincados e inverosímiles enigmas de Agatha Christie, mi héroe fue Marlowe, un hombre de carne y hueso, que sufría en su piel, los enigmas que investigaba y los problemas de sus personajes. El detective rehace la historia partir del ficticio asesinato de Braden, develando el hecho y las contradicciones de su conducta. Abarca también dos épocas: los años 30 y 40 y los años 70.

Efectivamente, la novela comienza con el asesinato, por encargo, de un “veterano diplomático” (Braden) en Washington, para luego describir, a lo largo de 36 capítulos, las peripecias del detective llamado Rosebud, encargado de dilucidar el crimen; una tarea que lo lleva a una travesía por Londres, El Salvador, Paris, Madrid, La Habana. En ese empeño llega a Buenos Aires, ciudad en la que el embajador, cuyo asesinato investiga, puso “patas para arriba el escenario político local” ¿Cuáles son las características de la Argentina que emergen de la mano de este momento del relato?

El prólogo de la gran escritora Alicia Dujovne Ortiz, describe bien el contenido de la novela. La trama devela algunos de los aspectos más turbios del manejo de la política, en los Estados Unidos y en la Argentina, a través de personajes como Braden, el “pintoresco embajador” - dice ella- que tanta importancia tuvo en el imaginario popular en los inicios del peronismo, hasta el punto de que su nombre llegó a ser coreado por las calles de Buenos Aires como parte de una curiosa opción, “Braden o Perón”. Y la ficción, ampliamente documentada, ayuda a entender aspectos históricos hasta hoy desconocidos.

Novela histórica o basada en la historia, pero, sobre todo, novela negra, policial, y asimismo satírica con personajes como el detective Rosebud, cuyo aspecto y trayectoria se adecuan a las reglas del género; un “duro” que arrastra un pasado difícil, una figura entrañable de rasgos angulosos que se asemeja un poco a su admirado Philippe Marlowe. La tarea de Rosebud consiste en desentrañar una intriga casi surrealista en la que personajes reales e imaginarios se relacionan, persiguen, odian, amenazan, asesinan, llevados por ambiciones y designios políticos y personales.

Las investigaciones de Rosebud, transitan por dos caminos paralelos: el de la alta política con sus juegos de guerra, sus traiciones y sus víctimas –las del nazismo, el macartismo y el estalinismo–; y el de un mundo de criminales, proxenetas y policías corruptos relacionados con la sordidez del poder mundial. Sin olvidar el espionaje, vinculado a episodios de los años 70 como el de Watergate, y a las acusaciones macartistas de la inmediata posguerra. Nixon, protagonista de las dos épocas, Hoover, capo del FBI, el despreciable senador McCarthy, el multimillonario Nelson Rockefeller o el célebre economista John Maynard Keynes se entremezclan con los personajes reales y de ficción. Un entramado complejo y lleno de enigmas, de guiños de complicidad, donde asoman también las figuras de Ernest Hemingway, el misterioso Gustavo Durán, el pintor Siqueiros, y muchos otros, incluso músicos de jazz. Sin olvidar tampoco la dramática historia de amor entre el detective y Carmen, su compañera y amante de origen latino que lo acompaña en muchas de sus investigaciones.

¿De qué modo la ficción, en este caso ampliamente documentada, ayuda a entender aspectos históricos sobre Braden y la política norteamericana hasta hoy desconocidos?

En mi libro *¿Aliados o Neutrales?, La Argentina frente a la Segunda Guerra Mundial* (Buenos Aires, Eudeba, 1988), reproduzco traducidos del inglés prácticamente todos los documentos de los Archivos argentinos y estadounidenses que reflejan la traumática relación entre Perón y Braden. Éste vino con la tarea de sacar a Perón del poder y se encontró con un adversario tan fuerte como él. Tuvieron varias entrevistas, y todos señalan que la más notable

fue la última, donde Braden se marchó de ella con furia dejando olvidado un sombrero que después vino a recoger y Perón se mostró como un convencido nacionalista.

A mi juicio, mucho más interesante es la primera entrevista entre ambos, cuando Perón -según Braden- le señaló por qué su país estaba atrasado veinte años en sus programas sociales, una situación que quería remediar, mientras que los obreros carecían de líderes, estaban desunidos y él los había querido organizar, lo que alejaba el peligro comunista. Braden, un convencido anticomunista, le contestó sorprendentemente que debía haber comprensión y amistad con Rusia dado que ese país era un aliado que participaba activamente en la organización de las Naciones Unidas.

El embajador, para quien Perón era un megalómano incontrolable, antes de marcharse del país preparó con la oposición política un golpe de Estado para sacarlo del gobierno, que duró una decena de días, del 9 al 17 de octubre, con manifestaciones populares que hicieron retornar a Perón de su reclusión en la isla Martín García y llevarlo a las elecciones donde a la cabeza de un frente político armado rápidamente, le ganó las elecciones a la Unión Democrática, en la participaban los partidos de la entonces oposición, apoyados desde la embajada, desde los conservadores echados del poder hasta radicales y comunistas. Así se convirtió en presidente de la República. Fue la gran derrota de Braden que, aunque nombrado subsecretario de Asuntos Latinoamericanos, cargo desde donde siguió atacando a Perón, ya era una figura desprestigiada en Estados Unidos, y en 1947, el presidente Truman lo desplazó de su cargo.

La actuación de Braden no sólo en Argentina sino en otros países latinoamericanos, Colombia, Cuba y en los mismos Estados Unidos, no fue brillante y se caracterizó por sus contradicciones. Defendió en forma vehemente a su secretario privado acusado de agente soviético, y uno años más tarde se transformó en uno de los más notorios integrantes de la asociación estadounidense más anticomunista del país, la John Birch Society. De esos elementos tan disímiles, que le crearon numerosos enemigos se basará el protagonista de la novela, el detective Rosebud, para descubrir a su presunto asesino, en un intrincado periplo que abarca todos los países donde tuvo algún cargo, sus amigos y sus enemigos. Para resolver el enigma de su vida y de su ficticia muerte violenta habrá que leer la novela, que además lo vincula con las persecuciones del macartismo, con sus peleas en la política de Washington y el FBI, y con sus aventuras de espionaje con el célebre escritor Ernest Hemingway. Su vida da para muchas novelas de misterio y para entender el complejo mundo de la política internacional en el dramático escenario de la Segunda Guerra Mundial y la inmediata posguerra ¿Quién era ese personaje, porqué había que asesinarlo, al menos en la novela, y

quien lo hizo? es algo que averiguará el lector, yo como autor no puedo decirlo. Debo señalar, como curiosidad, que a Braden se lo identifica sólo un par de veces por su nombre en todo el libro.